

# REVISTA DEL CENTRO DE LECTURA

Cuarta época

Reus 1 de Noviembre de 1952

Núm. 5

---

**SUMARIO:** Termina el «caso» Prim y empieza el «caso» Cambó, por ANTONIO PEDROL. — «Història d'amor», por JOAQUIN SEGURA LAMICH. — Comentario a la lírica del Rector de Vallfogona, por JOAQUIN SAURA FALOMIR. — «Dos sonets a l'esposa», por FEDERICO ALFONSO y ARGILA. — Notas históricas sobre la Biblioteca del Centro de Lectura, por L. GRAU BARBERA. — Actividades del Centro. — Varia.

---

## TERMINA EL «CASO» PRIM Y EMPIEZA EL «CASO» CAMBO

En el n.º 3 de esta Revista, página 32, el Sr. Saltor alude, sin nombrarlo, a mi artículo sobre Prim.

Quiero ante todo proclamar la simpatía con que acojo su actitud. Me imagino al Sr. Saltor como un oficial de Estado Mayor, celoso de la fama de su General muerto, que en este caso era el Sr. Cambó. Este espectáculo de la constancia en la amistad y en la admiración del Jefe fallecido es una bella demostración de las mejores cualidades humanas. Reconozco en cambio, que mi devoción a la memoria de Prim es menos meritoria porque, además de que he nacido en el mismo pueblo y en la misma calle, la figura de Prim tiene una tan endemoniada simpatía que no necesita de otros estímulos. Hace poco hablé de Prim con el Bacha El Alami al caer de la tarde en su palacio veraniego de Río Martín, mientras tomábamos parsimoniosamente el té con hierba buena y se oía el almuédano llamando a los fieles para la oración en la mezquita. Sidi El Alami, gran señor árabe, que tiene una memoria envidiable a pesar de sus noventa años, oyó hablar mucho en su infancia de ese fabuloso General español. Y en sus nobles ojos que han visto tantas cosas, noté esa misma simpatía, esa irrefrenable atracción

que la figura de Prim ejerce aún sobre quienes le conocieron como General de un ejército enemigo.

Al Sr. Saltor no le ha gustado que yo escribiese que Cambó era un caso de frustración y que había fracasado como político nacional. Porque a su juicio, la frustración o el fracaso pueden ser «tachas subjetivas». Propone, en cambio, como más acertada, la palabra «malogrado», porque «el malograrse puede ser y habitualmente es una tacha en el ambiente, en la conciencia pública, en las resistencias públicas, que dificultan o impiden una eficacia».

Encuentro muy ingeniosa la teoría, pero es totalmente arbitraria. Para nuestro Diccionario de la Real Academia —ley común que a él y a mí nos obliga— «malograr» y «frustar» son palabras sinónimas. «Malograr» es el *frustarse* lo que se pretendía o esperaba conseguir.

Si del diccionario pasamos a los Códigos (¿Por qué no seguir a Flaubert que buscaba en el Código Civil orientaciones de estilo?) encontraremos el artículo tercero del Código Penal, según el cual la «frustración» existe, «cuando se practican todos los actos de ejecución que deberían producir el resultado y sin embargo no lo producen por causas independientes de la

*voluntad del agente*». ¿No es esta exactamente la hipótesis del Sr. Saltor con relación al desarrollo del «caso» del Sr. Cambó?

Y vamos ahora con la palabra «fracaso». El fracaso, como el éxito, no son más que expresiones de resultados. El por qué del resultado, las causas endógenas o exógenas que lo motivaron, son ajenas a la palabra misma. Según el diccionario el fracaso es «*malogro de una empresa o negocio*». Hablaba yo en mi artículo de los catalanes que han tenido en su mano el destino de España. En realidad, dentro de la línea recta de mi razonamiento, no tenía siquiera porque hablar del Sr. Cambó, meritísimo Ministro de Fomento y de Hacienda, pero nunca árbitro del Gobierno español. Me desvié de la recta para hablar de él, haciendo un respetuoso reconocimiento de su brillante personalidad, como podía haber hablado, por ejemplo, de D. Ramón Cabrera, hombre representativo de mi provincia, extraordinario como guerrero y como político.

No tuve el honor de tratar al señor Cambó, lo que lamento, porque el trato de un gran hombre es siempre uno de los mejores regalos que puede hacernos la Providencia. No participé de sus «mecenazcos», lo que no lamento, porque nunca los he necesitado. Y entre las muchas cosas que seguramente me separarían del Sr. Cambó, son muchas más las que me unirían a él con un vínculo admirativo.

Ahora bien, entre el Sr. Cambó y el General Prim hay distancias que no es lícito saltar. Prim fué Presidente del Consejo con un Regente relegado a simple figura decorativa. Fué Jefe efectivo del Estado Español en un momento decisivo de su historia, en la que marcó personalmente un rumbo de altas proyecciones. Su nombre fué bandera popular que arrastró a grandes masas de españoles. Su lugar en la historia corresponde a un gran Caudillo, presente siempre en la memoria y en el fervor de todas las tierras de España.

Cambó, evidentemente, no alcanzó tales cimas de poder ni de popularidad, ni de permanencia en el espíritu nacional. Ministro, Jefe de un Partido Re-

gional, mereció en el resto de España el respeto de quienes comprobaron su claro talento, pero no hizo vibrar el alma española ni marcó los destinos fundamentales del país.

El Sr. Saltor habla de las «resistencias» que sufrió el Sr. Cambó. Prim las encontró también, luchó con ellas y las venció, a la española, jugándose el todo en cada partida. Aunque cuando ya estaba a punto de recoger los frutos, esas mismas «resistencias» acabaron con él en la calle del Turco.

Hubiera preferido como catalán y como español que los dos, el General Prim y el Sr. Cambó, hubiesen triunfado como políticos nacionales, porque creo sinceramente que ambos lo merecían. Como la cosa no ha sido así, como hubo triunfo en un caso y fracaso en otro, tenía la obligación de consignarlo en servicio de la verdad. Y no sería sincero si no le confesase al Sr. Saltor que, en trance de escoger, me produce una inevitable satisfacción como seguramente se la produce a la mayoría de los lectores de esta Revista, que el triunfador fuese precisamente un hombre de Reus. Tengo la esperanza que el Sr. Saltor disculpará esta preferencia y, en justa reciprocidad, le ofrezco desde ahora mi mejor comprensión cuando él sienta a su vez preferencia por un hombre de su pueblo o de su ciudad nativa.

*Antonio Pedrol*

---

## HISTORIA D'AMOR

El dia que ell, vehement,  
li digué que l'estimava,  
duia al llavi somrient  
una campaneta blava.

Quan es casaren, la llum  
als ulls d'ambdós tremolava  
i ell aspirava el perfum  
d'una campaneta blava.

Campaneta la ning ning,  
a glòria el seu cor tocava,  
que l'amor té color i drinc  
d'una campaneta blava.

Però, un jorn, l'espòs morí...  
Quan ella al fossar el plorava,  
damunt la fossa hi florí  
una campaneta blava.

*Joaquim Segura Lamich*